Y para terminar, recortemos otra noticia digna de los tiempos de Fernando VII:

Dice así:

«El Juzgado especial continúa practicando diligencias para completar el sumario instruído con motivo del mitin del teatro Euterpe, donde se acordó la huelga general revolucionaria.

»Se ha dictado auto de procesamiento contra TODOS los oradores del mitin, que son, además de los obreros Lladó, Ferroni y Montoto, que ya están en la cárcel, los compañeros Cervera, Montells y Mañé, de Barcelona; Bach, Sava, Beltrán y Costa, de Sabadell; Alvarez, de Gijón, y Plaza, de Vigo. A todos les busca la policía.»

Y así se gobierna. El medio para evitar conflictos no puede ser más expeditivo. Canalejas bien puede parodiar á Maura, diciendo: «La libertad se ha hecho canalejista».

11 NOVIEMBRE 1887

Esta fecha nos recuerda una tragedia horrorosa.

El gran Chicago, de los Estados Unidos, de esa nación que quiere pasar por libertadora del mundo y linchan á los negros porque son negros: que han casi descastado á tiros, como á los lobos, á los pieles rojas; que se ejerce la explotación del hombre por el hombre como en parte alguna; que se revuelve la espantosa miseria por entre los mayores millones; ese pueblo que se cree el más civilizado del mundo porque realiza gigantescas empresas industriales y que es capaz de hacer una guerra civil porque un negro venza á un blanco; pues en ese pueblo y en ese Chicago se ahorcó en la fecha citada á cuatro obreros conscientes, sin otro delito que el de poseer ideales grandes. Otro se suicidó dos días antes para no dar el gusto que le ahorcaran: dos fueron á cadena perpétua y uno á quince años de trabajos forzados.

Sin meternos en grandes detalles que los lectores pueden encontrar en folletos editados al efecto y en la revista *Acracia*, diremos en sustancia el caso, pues de 23 años á esta fecha la mayoría de los obreros militantes desconocen, sino el hecho, el por qué y la forma.

Las sociedades obreras de los Estados Unidos y el Canadá, acordaron en 1884 la huelga general para el 1.º de Mayo de 1886.

Llegado este día, muchas poblaciones hicieron huelga, pero Chicago fué quien más se distinguió.

Celebraban un mitin, y cuando la noche iba á caer, la policía llegaba en filas de cuatro, cual un regimiento de soldados, para disolverlo. En esto, que una bomba cae entre ellos, mata á uno y hiere á varios.

¿Quién la lanzó? No se sabe: probablemente no se sabrá nunca: pero sí se sabe que no eran los acusados y ni probablemente ninguno de los huelguistas, sino manos pagadas para dar motivo á las represiones.

Se detuvieron á todos los más significados y se confirmó la detención de ocho que fueron procesados por una ley sobre conspiradores hecha después de los sucesos.

Que eran inocentes lo sabían todos, pero las ideas anarquistas eran peligrosas y debía hacerse un escarmiento.

Por un millón doscientas mil pesetas se compraron doce jurados entre seiscientas personas y en seis semanas, y esos doce asesinos condenaron á los hombres honrados: Augusto Spies, Alberto Parsons, Adolfo Fischer, Jorge Engel, Luis Lingg, Samuel Fielden, Miguel Schwas y Oscar Neebe.

Los tres últimos, un nuevo gobernador de Illinois examinó la causa y reparó en lo que de su parte pudo, poniéndolos en libertad sin condiciones.

La burguesía se alarmó, pero el gobernador la hizo callar amenazándola con dar los nombres de los que dieron el dinero y de los que intervinieron en la compra de los jurados criminales.

He aquí, obrero, después de este crimen, después de los asesinatos de Porfirio Diaz, de las matanzas de Iquique, de los crímenes del gobierno argentino, de las expulsiones de Suiza, y de obligar al soldado á fusilar huelguistas y á ocupar sus plazas como en Francia, puedes disponerte á dar tu sangre por la República española, y te desengañarás en cabeza propia que todo lo que no sea sacrificarse por la Anarquía es perder el tiempo, excepción hecha de la minoría de pillos que te predican otra cosa.

V. GARCÍA

A través de un Congreso

Estamos satisfechos en principio de la obra efectuada por los congresistas que en los pasados días se reunieron en el Palacio de Bellas Artes de Barcelona. El Sindicalismo revolucionario salió triunfante en parte, y de ello nos vanagloriamos, porque es un jalón más recorrido hacia el punto final, esto es, hacia la transformación económica y moral de toda la sociedad.

El Sindicalismo revolucionario ha sido tomado como programa para la futura Confederación Obrera Española, en lo que toca á los medios de lucha; el Congreso dió por constituída la antedicha Confederación que acogerá en su seno á todos los obreros que trabajen bajo el régimen del salario en los talleres, en las fábricas, en las minas y en los campos, que, organizados en Sindicatos de oficio, en Federaciones de oficios similares, locales, comarcales y regionales laboran por su mejoramiento gradual en el orden económico y moral. El Congreso acordó crear al lado de los respectivos Consejos federales, Comités y grupos de propaganda y orientación sindicalista, los que organizarán Sindicatos, allí, donde no existan, fomentando la propaganda sindical, haciendo que los obreros dentro de los sindicatos adquieran su personalidad lo mismo en el orden moral é intelectual, que los hará conscientes para la conquista de la personalidad de la clase social productora, única que tiene derecho por representar también la única fuerza viva de la sociedad vigente.

Pero así como en el orden general estamos en todo conformes con los acuerdos del Congreso, hemos de demostrar nuestra disconformidad con la solución dada al tema quinto, que decía: *¿El Sindicalismo ha de ser como medio ó como fin la emancipación obrera?* Y estamos en disconformidad porque casi no se discutió el tema transcrito, y los delegados demostraron tener un criterio cerrado sobre el mismo. Estoy conforme que se me diga que el Sindicalismo es un medio de lucha contra el capital y el Estado; que se sostenga que, habiendo surgido aquél como una consecuencia de la organización capitalista, él mantiene la lucha contra esa organización, pero en mi criterio nos encontramos como antes, sin una finalidad para el mañana de la revolución social.

Para mí el Congreso obró con demasiada ligereza al rechazar el Sindicalismo como fin, pues, entiendo que así como se sostuvo que la lucha de clases tenía por misión el ataque contra el capitalismo hasta hacer desaparecer la burguesía como clase, no acierto á comprender por qué el sindicalismo no ha de tener una finalidad sociológica fuera ésta cualquiera; *colectivista* ó *comunista*; porque para destruir hay necesidad de tener algo práctico para substituir lo que se destruya, y el Congreso se olvidó de eso que es capital. Todas las organizaciones son lógicas cuando proponiéndose destruir un régimen político económico tienen esbozada la organización de otro régimen para substituirlo. Es lógico el socialismo autoritario que pretendiendo transformar el régimen actual preconiza el colectivismo como organización económica y la república como organización política.

Es lógico el socialismo anarquista que pretendiendo una transformación social, pretende llevar á cabo una revolución honda, en lo moral, en lo intelectual, en lo económico, político y social y para substituir la actual organización capitalista política, preconiza el comunismo federativo en el orden económico y la Anarquía en lo político y en lo social. Era lógica La Internacional, que pretendía la abolición del salario, sosteniendo en el orden económico el colectivismo, en el político la Anarquía, en el sociológico el determinismo y en lo filosófico el materialismo, y fué lógica la organización de la Federación Regional Española, heredera de La Internacional y que por lo tanto sostenía el mismo criterio que aquella gran organización. Pero no es lógico que la nueva organización obrera surgida del último Congreso tenga un criterio para la lucha, pretenda destruir ó transformar el régimen actual: sostenga que quiere la emancipación de los trabajadores y no tenga una finalidad social; no tenga un criterio práctico para organizar á la sociedad al mañana de la revolución social. La organización obrera, para que cumpla la misión que la historia le encomendó, ha de tener una finalidad social práctica, puesto que si existe esa finalidad en teoría es necesario darle vida, para que el proletariado con una orientación bien determinada pueda luchar con toda libertad de acción, contra la organización capitalista y estatal y la substituya por otra más humana y más en concordancia con las leyes naturales que rigen el Universo.

Yo, más de una vez he sostenido, de acuerdo con Luis Fabbri, que el Sindicalismo no se basta á sí mismo, y esta afirmación mía, era debida á no ver en el sindicalismo una finalidad á propósito, pero, analizado el asunto, profundamente he llegado á concebir que el sindicalismo, así como es un medio de lucha contra la sociedad burguesa, puede al mismo tiempo tener una finalidad social económica que substituya á la organización económica, política y social del régimen vigente.

⁂

Los delegados reunidos en Bárcelona no han estudiado el Sindicalismo más que en una sola fase, esto es, en el objeto actual á que aspira la organización obrera: *la conquista de mejoras*, y se olvidaron de analizar el estado actual de la sociedad burguesa y al mismo tiempo aquella ley económica de Lasalle, llamada de *bronce de los salarios*, porque si analizaran profundamente el estado de la organización social en vigencia, verían su total bancarrota económica, moral é intelectual y verían que la lucha de las mejoras es casi imposible, debido á las crisis periódicas por que continuamente atraviesa la industria, única fuerza de que depende la vida de la sociedad actual, y por el estudio de la ley económica mencionada, verían que las tales mejoras hasta ahora conquistadas, no eran tales, puesto que unido al mejoramiento del proletariado va el aumento progresivo de las subsistencias.

He dicho que mis amigos los congresales sólo se preocuparon de la primera fase del Sindicalismo, y según mi manera de pensar, aquélla ya pasó, pues el período actual por que atraviesa la organización capitalista, hace que el Sindicalismo esté en su fase segunda, esto es, que los trabajadores están ya *casi* imposibilitados para conquistar mejoras económicas, sino que, debido á las crisis periódicas por que atraviesan ciertas industrias, por la carencia de mercados para la producción, debido á que los países que antes servían de mercados, ahora se han hecho industriales que imponen sus productos en los viejos mercados, produciendo esto una total bancarrota económica, que hace que exista un gran ejército de obreros sin trabajo, y que, así como antes por el florecimiento de la industria y por la necesidad de que en los almacenes hubiera superproducción, había continuamente *demanda* de brazos, ahora, debido á esas crisis producidas por la carencia de los antedichos mercados, hay una gran *oferta* de trabajadores, que la clase capitalista toma como medio para que el proletariado no sólo no pueda conquistar nuevas mejoras, sino que se vea imposibilitado de mantener las que hasta ahora había conquistado, debido á la lucha de clases y á la acción directa. Esta situación del proletariado, unida á la de la organización capitalista, hace que el Sindicalismo esté en su segunda fase, y que su acción sea actualmente algo delicada, puesto que en la hora actual la organización obrera tiene que trabajar para que los movimientos se generalicen lo más posible, porque los movimientos parciales que se lleven á cabo tendrán á la fuerza que fracasar, dado el gran número de huelguistas forzosos existentes actualmente.

La bancarrota de la organización capitalista está demostrada por la acción de la misma burguesía, que, así como antes, debido á la competencia industrial no se preocupaba de unirse para resistir á la lucha que el proletariado llevaba á cabo, ahora se ha organizado y apela con la mayor facilidad al *lock-out* como arma poderosa para reducir al proletariado en la acción directa, cumpliéndose aquella ley económica en que se basa la lucha de clases, cual es que: *las clases se mantengan en sus puestos de lucha defendiendo sus intereses antagónicos hasta que una de las fuerzas en lucha sea vencida por la otra que la substituya*.

Dada esta ley como cierta y dado como verdad la existencia de un gran número de huelguistas forzosos, que imposibilitan al proletariado para la conquista de mejoras lo mismo económicas que físicas, y además impiden que se puedan mantener las que hasta ahora se han ido conquistando, es de necesidad entonces trabajar por que se generalicen todos los movimientos gremiales, ya sean para mantener las mejoras ya conquistadas ó protestar contra atropellos de parte de las autoridades.

Dado esto, la táctica del Sindicalismo tiene que ser abiertamente revolucionaria en los hechos. Pero dado el caso que debido á la acción revolucionaria el proletariado en las huelgas generales puede salir triunfante, es necesario que á la par que el Sindicalismo es revolucionario en los hechos, lo sea también en las ideas y tenga como consecuencia una finalidad sociológica.

Y ese mismo error de los congresistas lo ha padecido mi buen amigo y camarada Anselmo Lorenzo, contestando al grupo «Nuevos Rumbos», de Montevideo, á la pregunta hecha, que es la siguiente: *«Si los acontecimientos se precipitaran ¿está preparado el proletariado?; ¿qué ha de hacer, si llega el caso, para salir triunfante?»* Y Lorenzo contesta en el número 31 de este periódico, con la transcripción siguiente, sacada del folleto «El trabajador y la huelga revolucionaria»:

«La Huelga General no va ya á aumentar unos céntimos el jornal, ni á disminuir unos minutos la jornada de trabajo, ni á someterse á una ley de jurados mixtos, ni á contentarse con una subvención en caso de accidentes del trabajo, ni á vivir supeditado el trabajador al juego constitucional entre conservadores y liberales, ni á preferir una mala república sobre otra peor monarquía, ni á conquistar los poderes públicos, según la frase ridículamente sonora del socialismo autoritario, sino que va lisa y llanamente á la posesión del patrimonio universal.»

«Es paria, esclavo y siervo de hecho y de derecho todo el que no levanta su consideración y su voluntad á aquella sociedad futura que se halla tan lejos como grande sea la desidia, la pereza y la ignorancia de los oprimidos, ó tan cerca como activa, inteligente y diestra sea la voluntad de los que ansían la libertad: ha de reconocerse que saber es poder: querer es triunfar.»

Y después de una consideración que en nada contesta las preguntas mencionadas, transcribe de «La Conquista del Pan», de Kropotkine, el párrafo siguiente, que, como los otros, nada dice sobre el particular.

«La humanidad entera podría llevar ya una existencia de riqueza y de lujo, sin más que con los siervos de hierro y acero que posee.»

Todo esto está muy bien, pero esto no es lo que piden los compañeros uruguayos: ellos preguntan ¿si el proletariado está preparado para una acción revolucionaria transformadora de la sociedad urgente? Y si esa preparación existe es necesario saber ¿qué hará antes de una huelga general y suponiendo que ésta se transforme en revuelta, qué *hará* para desorganizar el poder político y económico, haciendo que á los revolucionarios no les falten los medios de vida para poder seguir luchando y cómo se reorganizará la producción para que no fracase esta lucha por la transformación del régimen?

Para mí, Lorenzo, como otros sociólogos, ha olvidado ó no ha tomado en cuenta la fuerza del Sindicalismo, que es uno de los principales factores en la obra de la transformación social. Y á la par que me quejo por este abandono de mi amigo, me quejo al mismo tiempo de los congresistas, porque unos y otros tienen un criterio cerrado sobre la transformación social, y creo que esa transformación no se hará con tanta facilidad como lo ha presentido Kropotkine en la ya citada «Conquista del Pan.»

Y ese mi criterio lo abona Cristian Cornelissen, en un trabajo intitulado «En plena revolución», publicado en la fenecida *Revista Blanca* del 1.º y 15 de Julio de 1903, quien duda de la obra de esa *organización espontánea* y de la existencia de los *voluntarios ó de los ciudadanos y ciudadanas de buena voluntad* para reorganizar la producción, pues los revolucionarios en las primeras veinticuatro horas no se preocuparán más que de satisfacer el hambre y proveerse de vestidos; pues en mi concepto los *voluntarios* ó las *comisiones de estadística* no podrán inventariar las existencia en los almacenes, porque no existirán; porque los revolucionarios las habrán consumido, y para que la revolución pueda seguir su curso, es necesario reorganizar la producción para que nadie carezca de lo necesario para la vida y para que la revolución no fracase.

Entonces, lo necesario, lo lógico — y he ahí el *por qué* el Sindicalismo ha de tener nna finalidad, encontrándose en su fase tercera, que es la de la revolución, como la segunda es la de las crisis industriales y de la bancarrota económica — es que los Sindicatos se encarguen en el supremo período revolucionario de la reorganización de la producción. Pues no podemos contar demasiado con los llamados *voluntarios y los ciudadanos y ciudadanas de buena voluntad*.

Consideremos que las dificultades serán muchas y no se puede esperar el curso maravilloso de los acontecimientos. Puede ocurrir que los voluntarios sean muchos, pero pueden tener la mano desgraciada, no pudiendo ser aptos para todos los servicios y si se mezclan en oficios que no conozcan perfectamente, podrán echarlo todo á perder.

Sólo se puede esperar del Sindicalismo, y por esto soy partidario de que tenga su finalidad social, para que reorganice la producción en las industrias, en la agricultura, en el comercio y en las comunicaciones, para que en esos días de desorden dirijan los asuntos, proclamando en las primeras veinticuatro horas que todos los talleres, todas las fábricas, así como todo lo demás, son propiedad de los Sindicatos.

De esa manera habrá llegado la hora de que el Sindicalismo cumpla toda su misión en sus tres fases: *la de resistencia al capital, la de ataque á éste y al Estado y de transformarse en dueño y director de las riquezas para armonizar la producción y el consumo entre todos* en pleno período revolucionario, y después de éste, hasta que luego pueda llegar á organizarse la sociedad más libre, económica y políticamente, hasta llegar al comunismo y la Anarquía.

Esta, según mi criterio, es la contestación que mi amigo Lorenzo debió hacer al grupo «Nuevos Rumbos», de Montevideo, y esta es la solución que debió darse al tema ya mencionado, probando que el *Sindicalismo es un medio y un fin á la emancipación de los trabajadores*.

ANTONIO LOREDO

La crisis de los ideales

(Conclusión)

Terminaba mi artículo anterior preguntando si la actitud de combate de la masa obrera que no es partidaria del oportunismo en la lucha social respondía ó no á los fines integralmente emancipadores de ésta.

Ninguna respuesta mejor que la que nos ofrecen hechos recientes y actuales. En efecto: de ellos se desprende que hoy esa actitud no es todo lo decisiva y revolucionaria que fuera de desear.

Se echa de menos hoy aquella hermosa audacia, aquel empuje arrollador que en épocas anteriores caracterizó los movimientos obreros y que produciéndose en un momento dado, sin previo aviso, ponían en jaque á autoridades y burgueses y asustaban á la llamada gente de orden, al amasijo de seres despreciables que sólo hacen objeto de sus bajos odios á los que se atreven á remover las aguas yertas y pestilentes de su vida, amenazando sus organismos con la única viciosidad é inercia que ven con horror de impotentes: la de sus estómagos.

Ahora es muy distinto: los movimientos obreros son, por lo general, modelos de pacifismo, de respeto á la ley, salvo algún que otro chispazo aislado que viene á hacer resaltar las excelencias de la acción individual. Ahora en lo primero que se piensa es en la autoridad para que intermedie entre ambas partes beligerantes, lo cual constituye un reconocimiento tácito, cuando menos, de aquélla.

Y la autoridad ¡cómo no!, se muestra complaciente á los deseos de los obreros y finge el mayor celo en sus gestiones, por lo menos mientras se prepara convenientemente para que no le cojan desprevenida posibles y temidas derivaciones del conflicto planteado.

Una vez conseguido esto, la autoridad, que nada puede hacer en beneficio de los obreros, ya que es sierva de la burguesía, procura desentenderse del litigio y se remite á su papel de guardadora del orden.

Y los obreros que han confiado en ella, ante su fracaso, se desalientan; y los que descontaban éste, se encuentran con que ya nada pueden hacer en el terreno de la lucha propiamente dicha, de la lucha activa y revolucionaria, porque se hallan frente á un enemigo formidablemente preparado para arrollarlos al menor choque.

La huelga, desde aquel momento ya no se sostiene más que por tesón, por dignidad. Y mientras que la miseria cunde entre los obreros, la burguesía, bien cebada y protegida en sus personas y propiedades por la autoridad, espera á que el hambre y el cansancio de una lucha estéril y enervante hagan flaquear, á más del cuerpo, el ánimo de los huelguistas, que volverán al trabajo sin conseguir nada de lo que pedían ú obteniendo, cuando más, de sus patronos, concesiones mínimas é irrisorias.

¿Pero á qué se debe este amortiguamiento del espíritu combativo de la masa obrera actual? Yo lo atribuyo á que la lucha obrera en nuestros días adolece de exclusivismo económico; es decir, que se ha hecho de la cuestión obrera una cuestión puramente material, con vistas á ese erróneo positivismo que censurábamos en nuestro anterior artículo. A consecuencia de esto el ideal ha sido proscrito como si la aspiración á él, impulsando á los oprimidos y explotados á la conquista directa de la completa emancipación no fuese, en fin de cuentas, mucho más práctica y breve que pretender alcanzar tan justo objetivo, paso á paso, por sucesivas mejoras en la situación económica del obrero, sin querer reconocer de una vez que esas supuestas mejoras sólo son eficaces el breve tiempo que tardan en ser anuladas indirectamente por el burgués, que no se aviene en manera alguna á mermar la ganancia líquida que se ha propuesto obtener, y obtiene, de su negocio.

Sintetizando, pues, vemos que la clase obrera atiende hoy más á la pequeña ventaja de momento—un real más de jornal, una hora menos de trabajo—que á su sentido social, es decir, á su fin emancipador del esclavo y del explotado, no solamente mejorador de este último. Y que á consecuencia de este empequeñecimiento de los fines, no es extraño que la lucha háyase también empequeñecido tanto cuanto ha perdido en carácter socialmente revolucionario, ó sea, de resistencia al capital y á la autoridad, pues tan contraria es ésta como aquél á los intereses del obrero.

¿Cómo remediar esto? Yo no hallo otro medio que despertar en la clase obrera la aspiración al ideal de emancipación total por encima de todos los deseos de mejoramiento parcial, sin que esto quiera decir que se deba renunciar á tales deseos y á la lucha necesaria para su logro; pero sí que se dé á ésta el carácter social que al par que favorece á los fines de la emancipación no desatiende, sino antes al contrario, contribuye, en la máxima medida posible, á los del simple mejoramiento. Y otra de las virtudes, quizá la más estimable, del ideal, es la de suscitar en quienes verdaderamente lo sienten un anhelo vivo y creciente, y además, saludable, porque redobla las energías revolucionarias, por la lucha, que cuanto más constante, intensa y extensa sea, más ha de acelerar la realización del ideal.

Convencido, pues, que la clase obrera necesita mantener la aspiración constante y ardorosa hacia un ideal de redención social que á la vez que le apasione por la lucha, eleve ésta, haciéndola salir del mezquino círculo de las mejoras inmediatas, ya sólo queda por determinar en qué ha de consistir y cuál puede ser ese ideal emancipador.

Nada más sencillo. Si emancipación quiere decir liberación, un ideal emancipador no puede consistir más que en la libertad, y por lo tanto en la ausencia de todo principio é institución contrarias á la libertad. Con este solo enunciado quedan desechados, en lo político, todos los regímenes de gobierno que descansan en el principio de autoridad, antítesis de la libertad, desde el absolutismo más puritano hasta el federalismo, en que la autoridad se encuentra reducida á su mínima expresión: y en lo económico, todos los sistemas que reconocen por base la idea de propiedad, desde el sistema capitalista de propiedad privada que viene á ser el derecho de cada uno contra el de todos, hasta el Colectivismo de Estado, que no hace más que invertir los anteriores términos.

Ideal que haga la libertad la base inconmovible de la vida en todos los sentidos, en el orden social y en el individual, y con la garantía, sencilla, pero insuperable, de la ausencia total de autoridad y de propiedad privada, no se conoce hasta el presente otro más perfecto ni que mejor concuerde con la naturaleza humana que la Anarquía.

Por eso es hoy por hoy el único ideal que satisface por entero la necesidad de bienestar y de justicia que tiene, y que, en su totalidad, consciente ó instintivamente, siente la clase obrera, esclava más que ninguna otra de todos los yugos existentes. La Anarquía debiera ser, pues, el ideal de esa vejada clase y aun de todas, de la Humanidad entera, porque es el ideal de la libertad verdadera y hoy esta libertad no existe para nadie.

ALFONSO LUGO

Madrid.

REMEMBRANZAS

La guerra

Yo no asistí á la guerra de 1870. Entonces todavía formaba parte del Gran Todo, ó del Gran Nada; como se quiera.

Mi madre tenía 20 años de edad y mi padre 26 y ambos fueron testigos de una multitud de hechos que después me fueron contando poco á poco —formando mi mente—y todos esos recuerdos hacen en mí la ilusión de haber asistido á la guerra.

Tal vez no sea malo reproducir algunos de estos recuerdos en los actuales momentos en que las cuestiones del patriotismo y del antimilitarismo son tan vivamente debatidas por los partidarios de uno y otra bando (1).

Mi padre y mi madre habían crecido juntos en casa de mis abuelos—por parte de mi madre—que eran campesinos en Normandía.

Durante el invierno de 1870-71, un grupo de veinte soldados alemanes se alojaron en mi casa. Allí fueron bien recibidos y bien tratados y pronto se hicieron familiares, aunque tuvieron dificultad para expresarse en francés. Estaban agradecidos por no haber sido tratados con mala voluntad; se mostraban serviciales y procuraban no molestar.

Un día que se hablaba de la dureza y de los horrores de la guerra, uno de los soldados sacó del bolsillo una moneda de cobre con la efigie del emperador de Francia. Después de mostrarla á sus huéspedes la colocó sobre la mesa y le dió un golpe diciendo: *Napoleon capout*.

Entonces, con su dificultad de lenguaje, les explicó que Napoleón, «no Napoleón III, sino el otro, I»—y lo indicaba con los dedos—había ido á Prusia con sus soldados: que los soldados de ese Napoleón I invadieron la propiedad de su abuelo robando y saqueando: mataron á su abuelo, después ataron á su abuela á un árbol por la cintura y le cortaron los senos. Después dejaron á aquella pobre mujer atada y retiráronse.

¡Estamos aterrorizados!—me decía la autora de mis días.—Cuando terminó su descripción el soldado alemán, dijo otra vez: *Napoleón capout* y dió un segundo golpe á la moneda. Evidentemente cada vez que este soldado alemán hería á un francés, debía tener conciencia de que vengaba á sus abuelos muertos en 1806.

Por mi parte, cada vez que oigo á los buenos patriotas enaltecer la generosidad y el espíritu caballeresco de los franceses (2), esta descripción de aquella que me dió el ser, se reproduce en mi mente de la misma manera que cuando oigo á esos mismos patriotas contar que los alemanes se portaron odiosamente con nosotros en 1870 y que debemos vengarnos de sus brutalidades y de sus vandalismos.

¿Entonces, pienso, esto no acabará nunca? Los alemanes fueron brutales en Francia en 1870, quiero reconocerlo, pues tengo sobre este hecho también relatos de testigos de esas brutalidades, y que no publicaré por parecerme inútil hacer revivir los odios. Pero, ¿por qué motivo los alemanes fueron brutales? Porque los franceses lo habían sido en Prusia en 1806. Y tal vez también los franceses de 1806 hubieran sido brutales en Alemania porque otros alemanes lo habían sido en Francia en 1704. Y si nos quisiéramos remontar hasta el reinado de Carlo Magno, encontraríamos siempre motivos de odio que justificarían las venganzas en los pueblos de todas las razas. Y así nunca habría razón para que esto terminara.

En vez de enseñar á nuestros hijos á vengar antepasados que ellos no conocieron, enseñémosles á respetar toda la vida humana y á considerar á todos los hombres, ya que no como hermanos, como seres que tienen, tanto como ellos, derecho á la vida y á la libertad: Es lógico que un obrero francés no mate á un obrero alemán porque un desconocido, embriagado por la pólvora, por la fatiga y por los excesos de la guerra, por complacer á su emperador y cumpliendo órdenes de sus jefes haya arrancado la piel á un muerto antepasado.

Entre los soldados alemanes que estaban alojados en mi casa—*nuestros prusianos* les llamaba mi madre—había uno que seguía con frecuencia, soñador y de ojos tristes, las múltiples idas y venidas de mi madre.

Un día, llevado sin duda por una necesidad de expansión, le confió *que tenía allá*, en su pueblo, á su novia que lo esperaba. Y le decía á mi madre: «no es morena como vos, pero es rubia»; y lo decía con tanto amor en la voz, que emocionó y conquistó la simpatía de mi madre. Era un alto mancebo bávaro, de aire dulce y bueno.

Estos soldados partieron un día para el combate de Buchy. Después de algún tiempo de ausencia volvieron y decidióse que se alojaran nuevamente en casa de sus antiguos huéspedes.

Volvemos á ver á *nuestros prusianos*, decía mi madre: pero no habían vuelto todos. El bávaro había muerto en uno de los combates de Buchy. ¡Su rubia novia, que lo esperaba con los brazos abiertos, ya no lo vería mas!

Algunos otros habían muerto también, y sus compañeros explicaban que tenían familia, la que dejaron en Alemania. Como volvieron á ocupar sus antiguos lugares en la sala común, cada alemán que faltaba tenía su sitio vacío. Un soldado, designando á uno de aquellos sitios, contó que aquel que la ocupara antes había muerto á su lado. ¡Gran desgracia! decía. Después explicó que aquel dejaba buen número de huérfanos, todos pequeños, y el menor podrá decir que no ha conocido á su padre. Haciendo este relato, al soldado le cayeron varias lágrimas y todos rompieron á llorar.

Y nosotros también, decía mi madre; nosotros llorábamos porque pensábamos en todos los padres de familia franceses que no volverían á ver á sus hijos, y como los prusianos decíamos: ¡gran desgracia!

No quiero comentar este relato, que por sí solo dice lo bastante de la inhumanidad y de las tristezas de las guerras.

Un oficial embriagado, seguido de unos cuantos soldados, se presentó en la propiedad. Iba á hacer un registro. Dió órdenes; replicó brutal y groseramente á las objeciones de mi tía—no había más que mujeres en casa—y se retiró.

Cuando partió, los soldados que con él habían ido colocaron una escalera sobre la pared del depósito de víveres y empezaron á desvastarlo todo.

Dos veces mi tía les fué á rogar llorando y les dijo que tomaran aquello que precisaran, pero que no destruyeran el resto. Ellos, riéndose, la insultaron.

Cuando le rogaba por segunda vez, uno de los soldados que ella alojaba apareció en el patio y vió lo que pasaba. Dirigiéndose á los destructores les arengó largamente: ¿qué les dijo? Ni mi madre ni los parientes lo comprendieron. El hecho fué que los soldados alemanes pararon en su obra de pillaje. Tomaron aquello que necesitaban y colocaron el resto en su sitio. Después que partieron aquellos, el que los había arengado retiró la escalera y la colocó en su verdadero lugar. Luego entró en la sala común. Mi tía no sabía como demostrarle su agradecimiento.

Entonces, decía mi madre, el soldado le tomó la mano y le dijo:

—Yo no soy prusiano; yo soy polaco.

Mi madre nunca se olvidó de aquel pequeño polaco, que no quería ser prusiano y que se mostró su protector tantas veces como fueron necesarias. El también había muerto en Buchy, y su lugar vacío causaba pena general.

Yo me pregunto con frecuencia lo que aquél quería decir con estas palabras: «Yo no soy prusiano; yo soy polaco».

Sin duda ponía en esta afirmación toda su alma patriótica. Es fácil que quisiera hacer comprender que, víctimas de la violencia, los polacos condenan la violencia. Tal vez también quisiera simplemente justificarse, demostrar que se veía forzado á tomar las armas como súbdito alemán; es fácil que él, personalmente, detestara la guerra. ¿Quién podrá señalar el número de conciencias así violentadas?

Sea como fuera, es una prueba de que los franceses no tienen el monopolio de los sentimientos generosos y que en cualquier país y debajo de cualquier cielo las ideas humanas y justas florecen y son comprendidas. Es también una prueba de lo que puede el lenguaje, dictado por la razón, sobre pobres seres inconscientes. Porque en suma, si los compatriotas del soldado se rindieron á sus razones—siendo muchos y él solo—es porque ellos comprendieron su excitación y la verdad que sus palabras encerraban. No eran, pues, malos en el fondo; solamente se habían enervado y sobreexcitado por obra de la disciplina del ejército. Fuera de eso no nos debemos olvidar del fanatismo patriótico, ni de los soldados franceses que en 1806 saquearon las casas de los alemanes.

¡Oh, los horrores de la guerra! Yo no los conocí, pero á los que los han visto y sentido, á los que han sufrido y llorado, pregunto como pueden tolerar que sus hijos pongan en manos de los pequeños infantes las armas y les digan con arrogancia: «Toma, pequeño, aprende á matar prusianos.»

MAGDALENA VERNET

Traducción de L. Hobbes.)

(1) No está demás que estos recuerdos se reproduzcan en España ahora que nuevamente se pretende llevar al pueblo á otra guerra de conquista en Marruecos, de la que beneficiarán solo cuatro agiotistas, olvidándose el gobierno que preside Canalejas, de que hace poco más de un año otro intento parecido hizo estallar una huelga general revolucionaria que puso en *entredicho* la vida de la monarquía y debilitó totalmente la estabilidad de su organización económica. Y no llegó más allá debido á la traición de los caudillos republicanos y socialistas, y si nuevamente se presentara la ocasión se llegaría, aun contra los que pactaron con la monarquía, hasta el punto final.—N. del T.

(2) Conste que el autor de este trabajo es una mujer y nació en Francia.—N. del T.

Anarquista y sindicalista

He aquí un tema que actualmente será discutido en muchas partes. A mi juicio entiendo y es por lo que sostengo, que no afecta en lo más mínimo el que un individuo sea anarquista y á la vez sindicalista.

Si todos los anarquistas pertenecieran á sus respectivos sindicatos obreros, no tan fácil lograrían los políticos arrastrar á esa masa inconsciente, por desgracia, por terreno impropio la mayoría de las veces, del que realmente debieran emprender.

Puesto que la lucha verdaderamente ácrata consiste en combatir directamente al opresor, llámese éste como se quiera, se impone el deber de que por amor al ideal hagamos una constante labor en el seno de las organizaciones, toda vez que su táctica ha de ser también en forma directa y sin mezcla de política alguna: de este modo contribuiríamos los anarquistas con nuestro esfuerzo á encaminar al verdadero desenvolvimiento del sindicalismo, á la par que crecería más la propaganda.

El rumbo que emprenden diferentes sindicatos obreros depende del ambiente que en ellos más ó menos se pueda respirar, razón por la cual precisa haya siempre iniciativas que los mantengan colocados en su propio terreno, y éstas, solo los anarquistas son los que las han de aportar para que jamás y á su manera siembren el *opio* entre los obreros los enemigos de la reivindicación de la humanidad.

Si verdaderamente la propaganda anarquista resulta potente y fructífera en el terreno individual, aun más y con mejores resultados podría ser en el sindical, por cuanto los mismos individuos podrían conquistar dentro de sus sindicatos, puesto que esta propaganda está en un todo adecuada al carácter de las organizaciones que han de ser con tendencia puramente revolucionaria, y por tanto creo, que en nada pueda estar en pugna con el ideal.

Si á todos los organismos obreros pertenecieran hombres conscientes, no se mezclaría esa *roña política* que tergiversando por doquier sus conceptos societarios, trata de desviar á su merced la marcha del proletariado: y sería más factible poder llevar á efecto cualquier iniciativa por enérgica que fuera, porque existiría más solidaridad entre todos los Sindicatos.

La separación del elemento ácrata del sindicalista, reporta el fracaso del esfuerzo de iniciativas de compañeros de buena voluntad, y en su consecuencia se le deja campo libre al enemigo para que nos haga la guerra con nuestras armas.

Somos nosotros, los anarquistas, los que tenemos que inculcar buen impulso á la clase trabajadora y á ella tenemos la misión de buscar, ya sea en terreno individual, en el Sindicato ó donde se hallen, introduciendo bibliotecas sociológicas, revistas, folletos, etc., á fin de que despierte hasta el más ignorante y con nuestra propaganda antiparlamentaria conseguiremos reforzar su espíritu de rebeldía, capacitándole para declarar la guerra, convencido y con verdadero conocimiento de causa.

Al declararme con esto amante del sindicalismo, no se crea por ello que mi criterio encierra una completa conformidad con respecto á la actitud de la mayoría de los que hoy existen; pues es todo al contrario, y precisamente por esta causa quisiera que en todos los sindicatos hubieran anarquistas y que emprendiesen una activa campaña que hiciera cambiar por completo esa táctica pueril y raquítica que hoy vienen ejerciendo.

La unión de todos los hombres par medio del sindicalismo bien entendido, reporta grandes ventajas; en primer lugar, para obtener mejoras de momento y después porque es un medio útil y eficaz para la conquista é implantación de la Sociedad futura.

Y puesto que estas consideraciones que yo expongo encarnan con los fines que defendió la Internacional de los Trabajadores, pongámonos al frente de toda organización obrera para infundir en su seno un nuevo incremento de lucha, porque de lo contrario resulta ser lo que dijo Enrique Malatesta al coadyuvar con su esfuerzo á la organización del sindicalismo de la Argentina en el año 1887: «el hombre aislado es el animal más débil del universo», por consiguiente, unifiquemos nuestra energía y demos cada cual y á medida de sus fuerzas un nuevo germen de vida al movimiento del proletariado universal.

B.

Alicante.

Esterilidad de los revoluciones políticas

El pueblo portugués no ha hecho la revolucion que precisa; sólo ha hecho cambiar de gobernantes.

Mienten al decir que la revolución ha sido hecha de abajo arriba; por esto urge cuanto antes patentizar al pueblo la verdad, para que sepa á qué atenerse con respecto á los que, preconizando interesarse por su redención, no hacen otra cosa sino ostentar osada é impunemente el antifaz con que encubren, bien sus pobres y desmedidas ambiciones de medro personal, ó bien su vergonzante ineptitud de tan superior cuantía.

La revolución verdadera ó radical no viene á cambiar de montera, sino á destruir todo lo existente en su podrida y rancia corrupción por el criterio de la *razón y de la justicia, que siempre se oculta á los poderosos y soberbios*, como dijo muy bien Miguel Bakounini, *pero que se revela á los más humildes y pequeños*, la temen más que los gobiernos, los mismos que hipócritamente se titulan *revolucionarios*.

Y es que estos, aspirando solamente á subir para satisfacer su sed de mando y poderío, no pretenden otra cosa sino derribar los poderes constituídos para saborear á su vez las delicias que disfrutan, esquilmando al pueblo y exprimiendo el sudor de los que sufren y trabajan, todos los parásitos improductivos que logran escalar el poder y los altos puestos del Estado.

Y no vacilan ante el derramamiento de sangre, con tal de que para elevarse encuentren como necesario escabel los robustos hombros de los desheredados de la fortuna.

Por eso en vez de derribar intituciones autoritarias siempre opresoras, ponen todo su anhelo en derribar á los hombres y cultivar el campo feraz de la *política*.

¡Este es el triste destino de la Humanidad!

¡Los pueblos no aprenden si no por medio del desengaño, y es en vano presentarles la verdad desnuda, porque comprenden más fácilmente lo que menos entienden!

No se crean los trabajadores de todos los países que Portugal ha hecho su revolución; allí, como aquí, como en los demás países, la sotana ha proyectado siempre su funesta sombra sobre el pueblo.

Revolución será cuando destruya dos tutelas que son el sustentáculo de esas dos columnas del edificio social, que amenazan ruina, denominadas *capital y autoridad*.

Estas dos funestas tutelas son, *la sotana* y *la espada*.

¡Oh! ¡Sabedlo, pueblos desheredados y oprimidos!

La autoridad y el capital, por más que parezcan divididos, siempre se coaligarán para explotaros, porque como *consumidores* sólo, han de vivir necesariamente sobre vuestro trabajo, cimentando su opulencia en vuestra desnudez y ruina, del mismo modo que la sotana y la espada, aunque antagónicas entre sí, se unen estrechamente para sostener la injusticia que ellos llaman ORDEN SOCIAL por medio del fanatismo y la violencia.

La historia de las revoluciones políticas no es más que la de las más terribles represalias, abismo sin fondo que con solo penetrar en él basta para ahogar en sangre á la Humanidad: abismo en el que no es dable retroceder, porque la sangre pide sangre.

Esta teoría, llamada del *terror*, ha sido la teoría de todas las revoluciones políticas, y en la Francia del 92 y del 93 proporcionó horrorosos días de luto y de muerte: inmensas hecatombes humanas ofrecidas en aras del Estado, nuevo y feroz Saturno que devora á sus propios hijos.

Este atroz sistema, lejos de asegurar el triunfo de la revolución como creían los jacobinos, no hizo ni hará nunca otra cosa más que promover y agitar la reacción, fomentada por el sentimiento de lástima y de piedad que en pro de la Humanidad inspira toda víctima, por criminal que sea. Esas son las consecuencias de constituir un Estado revolucionario. El Comité de salud pública era á un mismo tiempo la centralización del poder revolucionario y el centro de la reacción.

¡No hubo que lamentar horrores ni ferocidades, por cierto, cuando el pueblo español estuvo en completa *anarquía* y entregado á sí mismo en la última revolución de Septiembre, cuando era presumible su justa cólera.

¿Cuándo acabarán de comprender esos revolucionarios que creen que no puede haber salud fuera del orden; cuándo acabarán de comprender, repito, la potencia y la vida que se encierra en eso que la gente oficial de todos los colores, desde la flor de lis hasta el gorro frigio, llaman la *anarquía*.

Entonces és cuando exclaman: ¡Estamos perdidos, el país se pierde!

¡Ah, revolucionarios, cuando después de una revolución hayáis podido derribar el gobierno, la administración; en una palabra, la máquina entera del Estado, guardáos bien de levantarla de sus ruinas reconstituyendo el principio de autoridad! Emancipados de toda esa arquitectura oficial, que es la ruina del pueblo, llamad á éste á la adquisición de su vida, al ejercicio de sus innatos derechos, á la libertad, si queréis salvarle.

JOSÉ CLAROS

Rincón de la Victoria

INSISTIENDO

La obra á que nos consagramos es ciertamente buena.
ELISEO RECLUS

Los anarquistas de España habrán leído la PROPOSICIÓN que los compañeros de Montevideo han hecho respecto á la necesidad y conveniencia de aunar nuestras voluntades para vigorizar la vida de nuestro campeón en la prensa TIERRA Y LIBERTAD. Después habrán visto los propósitos que á este objetivo alientan á nuestros camaradas de Panamá y posteriormente cómo los compañeros de La Línea, suscribiendo la proposición de los de Montevideo se hacían solidarios de la mis-